

nulidad sobre la ruina de los partidos; pero sucumbió y fué castigado con el ostracismo. Adquirió desde entonces esta pena tal desconsideración, que ya no fué aplicada á ningún gran ciudadano (422).

Permanecieron en grande y viva oposición (415-413) Alcibiades y Nicias, y cuando el primero anunció la idea de conquistar la Sicilia, proyecto concebido por Pericles, y que halagaba á la muchedumbre, Nicias procuraba apartar de este propósito á sus conciudadanos con graves consideraciones, y harto probó el resultado la exactitud de sus previsiones. En efecto, un ejército enviado á esta isla á las órdenes del mismo Nicias, de Lamacho y Alcibiades, tuvo que sufrir los reveses de que hablaremos en otra parte. Nicias perdió la vida, y el poder de Alcibiades se hundió con su patria. Llamado para defenderse del crimen de lesa religión que se le imputaba, se refugió á Esparta, donde, afectando una austeridad dórica, supo hacerse amar y adquirir confianza. Como se le anunciase que Atenas lo había maldecido y condenado á muerte, exclamó: *Yo les haré ver que estoy vivo*. Sugirió, en efecto, á los espartanos enviar socorros á Siracusa y elevarse de esta manera al puesto de potencia marítima para oponerse á la política constante de Temístocles, de Cimón y Pericles. Aconsejólos también fortificar á Decelia, plaza cercana á Atenas, sublevar contra ella á los aliados y ponerse de acuerdo con los persas, lo que ejecutaron: hasta tal punto llegó el pérfido á ser funesto á su patria. Tenía de particular que en cualquier país que se encontrase imitaba con la mayor facilidad las costumbres y carácter de las personas con las cuales vivía. Sucesivamente se le vió entregarse en Jonia á las delicias y á la ociosidad; en Tracia montar á caballo y abandonarse á la embriaguez; con el sátrapa Tisaferno luchar, y rivalizar en lujo y magnificencia con los más opulentos persas, mostrándose en Esparta sóbrio, austero y laborioso. No supo, sin embargo, contener suficientemente sus vicios sin deshonrar el lecho del rey Agis, teniendo la audacia de alabarse de ello. Habiéndole hecho esto en cambio sospechoso á los principales ciudadanos, se vió reducido á refugiarse entre los persas para escaparse de la muerte.

Se encontraba entonces Atenas sin flotas y sin aliados, exhausto el tesoro, había perdido cuarenta mil hombres, doscientos cuarenta grandes bajeles en Sicilia, doscientos más en el Helesponto, otros tantos en Egipto, y diez mil hoplitas en el Ponto; veíase, pues, á orillas del precipicio, pero por un lado su prodigiosa actividad, y por la otra la lentitud de Esparta, le prestaron ayuda. Un consejo elegido entre los ancianos fué encargado de revisar las decisiones del pueblo cuyo omnímodo poder había causado tantos males; preparáronse nuevos armamentos, y se vió aparecer esta grandeza que, por lo común, despliegan en los reveses los estados democráticos. Hallábase, sin embargo, el país despedazado por las disensiones que fomentaba el partido de Alcibiades, que, refugiado cerca de Tisaferno, sátrapa de los afemidos, adquirió sus simpatías por su clase de vida afeminada y magnífica. Sea por venganza ó por arrepentimiento, procuró hacerle hostil á los espartanos y unirle á los atenienses, aconsejándole que estaba en el interés de la Persia mantener divididos á los griegos y en equilibrio, con objeto de que no emprendiesen expediciones exteriores. Sostenía al mismo tiempo relaciones con el ejército ateniense acampado en Samos, y le anunciaba que Tisaferno socorrería á Atenas luego que no tuviera que habérselas con una multitud insensata, sino con un pequeño número de hombres ilustrados.

Consiguió con su plan su objeto. Una facción que tenía por jefes al activo Pisandro, al elocuente Terameno, al imperturbable Phrynicus, y sobre todo al diestro Antiphon, usando del temor, la persuasión y la astucia, llegó á derrocar la democracia. Instituyóse entonces un consejo superior, compuesto de cuatrocientos ciudadanos, el cual fué investido con el derecho de hacer la paz y la guerra, y de tomar todas las medidas que creyese necesarias al bien público.

Demasiado tarde conoció el pueblo su imprudente concesión, cuando vió los Cuatro-Cientos convertirse en tiranos, suprimir el Senado, rodearse de satélites, desbarazarse con el puñal ó la astucia de los que osaban oponérseles, negarse al llamamiento de los desaterrados por temor de ser oprimidos por la influencia de Alcibiades. Resultó de esto que

muchos abandonaron sus hogares y se reunieron en el campo de Samos, donde dispusieron los ánimos contra estas innovaciones, afirmando sobre todo que los Cuatro-Cientos querían á todo precio la paz con Esparta. Convirtiéndose en intérpretes del voto general los valientes capitanes atenienses Thrasillo y Trasibulo, declararon que todo lo que se había hecho en Atenas era nulo, y que era preciso volver á la democracia. No respondieron á los embajadores enviados por los Cuatro-Cientos sino con la intimación de entregarse en el acto. Suponiendo además que Alcibiades, á quien había hecho traición el partido aristocrático, desearía contribuir á su ruina, le condujeron en triunfo desde Magnesia hasta el campo de Samos, donde le entregaron el mando supremo.

No consiguió Atenas con esta momentánea tiranía ni el único beneficio que por lo común produce el aniquilamiento de las facciones; aumentóse al contrario su furor y corría la sangre. Si la flota peloponesia hubiese atacado la ciudad en estos momentos, ésta hubiera tenido tantas ménos probabilidades de salvación, cuanto que el enemigo había recibido refuerzos de los fenicios, y que los de la Persia eran esperados de un momento á otro. Cuando esta flota hubo batido á la de los atenienses cerca de Eretria, y que en su consecuencia la Eubea sacudió el yugo, el desaliento llegó á su colmo. En breve dispuso un decreto que fuese llamado Alcibiades, purgándole del anatema que contra él se había fulminado. Ya sus buenos oficios habían apartado á Tisaferno del propósito de enviar socorros á los peloponesios: á los cuatro meses de existencia fué abolida la tiranía de los Cuatro-Cientos, se declararon vigentes las instituciones de Solón, y se suprimió el sueldo á todos los que desempeñaban cargos públicos.

En este momento resplandece Alcibiades en su mayor brillo: ve el Helesponto vencedores á los atenienses en tres batallas sucesivas (440): solicitan la paz los espartanos en Cícica, derrotados por mar y por tierra, y se niegan los de Atenas. Venturosos con tantos triunfos consolidan su dominación sobre los jonios y sobre los tracios, asegurándose hasta la posesión de Bizancio (408). Con razón se atribuye la mayor parte de estas victorias á Alcibiades, quien se decía haber tomado ó destruido en poco tiem-

po doscientas galeras. Regresó á Atenas con la frente cargada de laureles y justificado en virtud de la victoria; pero se notó que había vuelto el día nefasto de las plinterías; fiestas en que los sacerdotes lavaban con misterio la estatua de Palas, y se vió en esto un augurio siniestro respecto de su nueva expedición.

Diéronle los dorios por adversario á Lisandro, de la raza de los heráclidas, que juntaba á la aspereza espartana el espíritu desenvuelto de los demas griegos, siendo tan buen político como valiente guerrero; y empleaba indiferentemente la fuerza ó la perfidia. Hé aquí su frase favorita: *Se atrapa á los niños con juguetes y á los hombres con perjurios*; frase que recuerda al diplomático moderno que decía que la palabra había sido concedida al hombre para disfrazar su pensamiento. Se rindieron á Lisandro ochocientos milesinos bajo la fé de un juramento, é hizo que fuesen degollados (408). Servil respecto de los asiáticos orgullosos, tomaba el desquite mostrándose con los suyos altanero hasta la arrogancia: atizaba las turbulencias de la Persia á fin de que la sangre derramada debilitase en igual proporción al enemigo, y se entregaba en Grecia á todas las iniquidades que podía cometer impunemente.

Frecuenteando el trato de los persas en Efeso se había aletargado después de la batalla de Cícica el ejército que los peloponesios habían apresurado á reunir de nuevo, porque los descendientes de Leónidas se habían ligado estrechamente con los persas, adoptando por base de su política, conservar la amistad ora de Tisaferno, ora de Artabanzo, ora de Ciro, último hijo de Darío Noto. Este jóven de edad de diez y seis años había llegado á gobernar el Asia Menor desplegando grande habilidad y rectas intenciones. Supo el astuto Lisandro ganar su voluntad; agasajándole asiduamente, admirando los jardines que plantaba con sus propias manos, le condujo á favorecer á los espartanos y á aumentar de 3 á 4 óbolos la paga que el rey de Persia daba á los hombres de mar. En lugar de equipar los mismos atenienses sus bajeles, estipendiaban mercenarios con el sueldo de 3 óbolos diarios, suma igual á la que en la ciudad bastaba á la manutención de un pobre. Había hecho Alcibiades disminuir este sueldo, de modo que varios marinos se desertaron para

alistarse en la flota peloponesia donde se les pagaba casi el doble. Así las cosas, Lisandro atacó á los atenienses en los aguas de Samos y les hizo sufrir una derrota.

No fué necesario más para desacreditar á Alcibiades; destituido del mando se retiró por su propia voluntad á las costas de Tracia (406), y colocaron al frente del ejército diez generales, en cuyo número se encontraba Conon, quien despues adquirió gran celebridad.

En la misma época, habiendo acabado el año legal de Lisandro, debía éste entregar el mando á Calicratidas, general de grande habilidad, pero cuyas costumbres de austeridad antigua le hacian poco agradable á los espartanos de su tiempo. Lisandro, que fomentaba los descontentos, le desacreditó con Ciro, y este príncipe rehusó recibirle. *Bebe*, respondieron los cortesanos cuando Calicratidas pidió audiencia. —No importa, replicó el espartano; *esperaré á que haya acabado*.

No dejó de ocasionar las burlas este candor que era considerado como grosera rusticidad; vióse, pues, en la necesidad de alejarse deplorando las miserias de la Grecia reducida á mendigar el socorro de los extranjeros. No confiando ya entonces más que en su valor, embistió á Metimno y se apoderó de aquel punto; despues venció á Conon delante de Mitilene, y le asedió en el puerto. Habiendo aprendido Ciro á conocer mejor á Calicratidas y sintiendo sus malos proceder con respecto á este hombre, hizo se le remitiesen abundantes subsidios; pero acudiendo los atenienses con la flota aliada, derrotaron en las aguas de las islas Arginusas á la espartana, que perdió al mismo Calicratidas. Invitándose al guerrero á fin de que evitase el encuentro con fuerzas tan superiores á las suyas, conestó que Esparta podía armar una nueva flota, en el caso en que perdiese la que él mandaba; pero que perdido una vez su honor, nada podía devolvérsele.

Olividaba que si por un lado se encontraba su honor, por el otro estaba la salvacion de su patria.

Una parte de la flota ateniense se dirigió contra la que bloqueaba á Conon delante de Lesbos, yendo la restante en socorro de los buques averiados que corrian peligro de irse á pique, y tuvo encargo de sepultar á los muer-

tos. Arribó, sin embargo, la primera escuadra cuando los espartanos habian hecho rumbo á alta mar, impidiendo á la otra la tempestad el cumplir su piadoso cometido (406), y volvióse la flota á Samos. Llegada que hubo la noticia á Atenas, fueron acusados los generales de atentado religioso y seis de ellos condenados á muerte, por el juicio más inicuo á pesar de las protestas de Sócrates. Las desgracias que despues se experimentaron parecen un castigo de este público desafuero.

Conocieron los espartanos con la derrota que habian experimentado la necesidad que tenian de Lisandro; volvió éste á ponerse al frente de la flota, amado de los soldados y rico con los subsidios de Ciro: hizose á la vela para el Hellesponto deseoso de medir sus fuerzas con las de los atenienses. Aun con riesgo de su vida vino Alcibiades á avisar á sus conciudadanos del peligro que les amenazaba, mas no le escucharon, y sorprendida su flota en las aguas de Egos-Potamos sufrió una completa derrota. Fueron degollados por los vencedores tres mil prisioneros, entre los que se contaban á Philoteto que, confiando en la victoria, habia propuesto cortar la mano derecha á todos los peloponesios que se cogiesen. Habiéndole preguntado Lisandro qué trato creia merecer, respondió: *El que te hubiéramos hecho sufrir si hubiéramos sido vencedores*.

Así fué como Atenas perdió el imperio del mar que habia conservado setenta y dos años. Rivalizaron sus aliados en presteza á someterse á Esparta; algunos que titubearon fueron precisados por la fuerza. Sitió entonces á Atenas la guarnicion laconia que nunca habia salido de Decelia, llegando pronto tambien Lisandro con la flota y envanecido con la victoria (404). Defendiéronse heroicamente por espacio de seis meses los atenienses, aunque no existia la paz dentro de sus muros, donde Terameno y los restos de los Cuatro-Cientos procuraban hacer triunfar la aristocracia más bien que salvar la patria. Querian los aliados del Peloponeso que la ciudad fuese arrasada hasta en sus cimientos; consintió Esparta en concederles condiciones por las cuales las fortificaciones del Pireo y las murallas que lo unian á la ciudad debieron ser demolidas; tuvieron los vencidos que entregar todas sus galeras á escepcion de ocho y

renunciar á toda pretension sobre las demas ciudades: revocaron la sentencia de destierro dada contra los partidarios de los grandes, auxiliar á Esparta en toda guerra ofensiva ó defensiva, y recibir de ella la forma de su gobierno. Estas condiciones eran tan duras como inevitables. En un dia, aniversario de la batalla de Salamina, abria Atenas sus puertas al enemigo, y le vió derribar sus murallas é incendiar su flota. Por siempre concluian para ellos los triunfos y las alegres fiestas.

De esta manera, y despues de veintisiete años, concluyó la guerra del Peloponeso, que anonadó la grandeza de Atenas; dirijamos sobre ella aún algunas miradas antes de seguir el curso de los acontecimientos.

CAPITULO X.

Esparta á la cabeza de la Grecia.

En el momento en que estalló la guerra del Peloponeso (403), se mostraron los espartanos como libertadores para convertirse á su conclusion en tiranos, y quisieron establecer el gobierno aristocrático en todas las ciudades así vencidas como aliadas. Lisandro suscitó violentas revoluciones por someterlas á individuos de su partido bajo la presidencia de un harmosto lacedemonio; además, las guarniciones distribuidas en las ciudadelas se entregaban á toda clase de excesos. Esparta, la ciudad sin dinero, que mantenía sus flotas con los subsidios de la Persia, comprendiendo al fin la necesidad de tenerlos, llenaba su tesoro rescatando á sus aliados. Lisandro obtuvo por fuerza 1,000 talentos (5,000,000 y medio) de las ciudades del Asia Menor; expidió 1,500 más despues de la toma de Samos, última conquista de esta guerra, prescindiendo de una gran porcion de oro y plata que le fué ofrecido con esa espontaneidad común á los vencidos. Sirvióse Lisandro de este oro para minar las instituciones de su patria, que no podia dominar el hierro. Promulgóse una severísima ley contra aquellos en cuyo poder se encontrase moneda. ¿Cómo habia de desdenar el pueblo aquello de que manifestaba la república hacer tanto caso?

Sentian, pues, los aliados de Esparta pesar sobre su cerviz el mismo yugo á que les habia

sujetado Atenas, con la circunstancia agravante de tener por señores á hombres rudos y toscos; en vez de Temístocles y Pericles, el brutal Lisandro; en vez de los conciudadanos de Sófocles y de Fidias, un cuartel de espartanos, tiranos en sus hogares, tiranos en el campo, tiranos en el consejo.

Los padecimientos de Atenas nos pondrán al alcance de los padecimientos de las demas ciudades. Despues de haberla mandado desmantelar Lisandro, estableció allí treinta oligarcos con autoridad plena sobre la vida de sus conciudadanos; hombres inicuos y viles como todos los que desertan de la causa de su patria y abrazan la del extranjero, esclavos de su voluntad y protegidos por sus guarniciones. Comenzaron las pesquisas; á todo el que tenía fama de virtud ó de riqueza le aguardaban el destierro ó la muerte. Uniendo al furor la perfidia, se mandaba á personas probas que hicieran prisiones, á las cuales sucedia el suplicio. Fueron desarmados los ciudadanos; se quiso que el areópago renunciase al voto secreto, careciendo así sus juicios particulares de la libertad necesaria; cada acusado mereció una condena. Aun cuando aparezca exagerado el aserto de Jenofonte, reducido á que pereció más gente en el curso de estos ocho meses que en los veintisiete años de guerra, nos suministra idea de la violencia homicida de aquellas persecuciones.

Cristias, discípulo de Sócrates, se hallaba á la cabeza de los Treinta. Theramenes, uno de ellos, fué el primero que escuchó la voz de la virtud ó del remordimiento, y quiso oponerse al rigor de sus colegas; mas no hay manera de detenerse impunemente en el camino de la tiranía, cuando hay cómplices que entienden continuar marchando adelante. Condenado á su vez padeció la muerte con valor tan apacible, que se olvidaron sus faltas para admirarle.

En nombre de Esparta publicaron los Treinta un decreto amenazando al que diese asilo á los desterrados de Atenas; pero lejos de prestar oído á aquel bárbaro precepto, les acogian las ciudades con esa generosa compasion que dedican á los desterrados los corazones bien nacidos. Hasta el mismo Alcibiades se vió objeto de la malevolencia de los tiranos, quienes le rodearon de emboscadas. Obligado á abandonar el